

EL PREGONERO DE DESERET



años
de la dedicación de
Sudamérica



Año 8, número 2 · JULIO-DICIEMBRE de 2025



**LA COFRADÍA
DE LETRAS MORMONAS**
es un colectivo integrado por
miembros de La Iglesia
de Jesucristo de los Santos
de los Últimos Días entusiastas
y amantes del Arte en general
y la literatura en particular,
unidos con el propósito
de descubrir y difundir la labor
de escritores y, ocasionalmen-
te, otros artistas santo de los
últimos días. Agradeceremos
sus comentarios, sugerencias y
aportaciones al correo

cofradiadeletrasmormonas
@gmail.com

*La CLM y esta publicación no son
oficiales ni dependen de la Iglesia ni de
sus autoridades generales o locales.*



EN ESTE NÚMERO

3
Editorial

5
Obras literarias

6 Parque Tres de Febrero

7 El son de los cien años

8 Fue en diciembre de 1925

9 Santiago 5.19

11 Bajo el cobijo de una antigua sombrilla roja

14 «A toda nación, y tribu, y lengua y pueblo». Apocalipsis 14:6.

17 El mar y el faro: un legado de conversión

18
Análisis literario

La literatura lamanita y la historia sagrada mormona

34
Novedades

37
Colaboradores

NUESTRA PORTADA

Celebración
de los 100 años
de la dedicación de
Sudamérica para la
predicación
del evangelio.

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel González Núñez

Mario R. Montani

Rafael Vázquez Velázquez

Elizabeth González

Érika García

DISEÑO GRÁFICO

Indira Deviagge

Patricio Mansilla

EDITORIAL

Presentación

Diciembre de 2025 marca los cien años desde que el apóstol Melvin J. Ballard, acompañado por los setentas Rulon S. Wells y Rey L. Pratt, dedicara Sudamérica para la predicación del evangelio restaurado. Aquella fue, sin duda, una ocasión especial. Así se la describe en la [web](#) del Área Sudamericana Noroeste:

La ceremonia de dedicación se inició a las 7:00 de la mañana del 25 de diciembre de 1925, entonándose los himnos «El alba ya rompe», «Salve a la brillantez del gozo de la mañana de Sion» y «Un ángel de lo alto». El élder Rey L. Pratt leyó del Libro de Mormón: 1 Nefi 13, 2 Nefi 31 y 3 Nefi 21. El élder Rulon S. Wells siguió con Génesis 29:22-26, después de lo cual el élder Malvin J. Ballard ofreció la oración dedicatoria.

Luego de la oración dedicatoria los hermanos cantaron «Loor al Profeta». Posteriormente cada uno

de los élderes habló brevemente sobre sus misiones en el lugar y sobre sus deseos de hacer lo mejor para establecer esta misión y perfeccionar el amor entre ellos y la obra del Señor.

[...] Un maravilloso espíritu estuvo presente y fue una mañana llena de emociones. El gozo fue completo y se expresó en lágrimas.

Para conmemorar este hecho, y todo lo que él supone, en 2025 se han llevado a cabo distintas celebraciones: charlas fogoneras, actividades culturales, una presentación del Coro del Tabernáculo, el lanzamiento de un libro para niños, etc.

Desde la Cofradía de Letras Mormonas no queríamos ser ajenos al festejo, y por ello decidimos dedicar un número especial al centenario. Con dicho fin abrimos una convocatoria en busca de obras que giraran en torno al tema que nos atañe. La respuesta fue mayoritariamente argentina, es decir, casi todos los autores que nos manda-

ron trabajos eran de origen argentino, aunque hubo algunos de otros países también. En este número hemos recogido las obras más sobresalientes y que mejor encajaban con el tema del Centenario.

En las siguientes páginas empezaremos nuestra celebración literaria con algo de poesía. En «Parque Tres de Febrero», Mario Montani nos lleva al inicio, al parque bonaerense en que se dedicó Sudamérica para la prédica del evangelio restaurado. Por su parte, Alejandro Seta celebra con un «Son de los cien años» a aquellos primeros misioneros que llegaron para dar inicio a la obra. Luego, Leticia Teresa Pontoni en «Fue en diciembre de 1925» nos invita a reflexionar en todo lo que ocurrió, ocurre y ocurrirá como consecuencia de aquel suceso.

Pasamos así a la sección narrativa, donde la microficción «Santiago 5.19» de Alejandro Mazzeo nos transporta a la vida diaria de un santo de los últimos días tras cien años de Iglesia en el Sur

de América. A su vez, Jesús Baldemar Liévano nos transporta a México para mostrarnos en el cuento «Bajo el cobijo de una antigua sombrilla roja» cómo la obra se expande más allá de los límites del subcontinente sudamericano.

Finalmente, abordamos el ensayo, con dos voces distintas que nos llaman a la reflexión. Por una parte, en «“A toda nación, y tribu, y lengua y pueblo”. Apocalipsis 14:6», Maximiliano Martínez conecta historias y geografías para argumentar que Dios todo lo viene preparando desde mucho tiempo atrás. Por otra parte, Monserrat Gamboa cierra con una reflexión muy personal llamada «El mar y el faro: un legado de conversión», donde se nos invita a considerar el legado que recibimos a través del evangelio restaurado y, por extensión, el que dejamos a las generaciones futuras.

Esperamos que disfruten de estas obras y ¡que estas inspiren a nuestros lectores a celebrar y escribir!

Dedicación en Sudamérica

Reinhold
y Ella Stoof,
élder Rey L. Pratt
y élder Melvin J.
Ballard, 1925





Manuel Rehse,
fotografía 2022

Obras LITERARIAS

«La obra del Señor, por un tiempo aquí crecerá lentamente, tal como lo hace un árbol desde una semilla. No aparecerá en un día como lo hace el girasol que crece rápidamente y luego muere. Sino que aquí miles se convertirán a la Iglesia.»

ÉLDER MALVIN J. BALLARD



POESÍA

PARQUE *Tres de Febrero*

Mario R. Montani

Hoy día no es posible localizar el lugar exacto donde se realizó la reunión de dedicación de Sudamérica.

Sin embargo, las memorias de los primeros misioneros permiten identificar el sitio aproximado que se indica en el mapa arriba. Ellos señalaron que era una zona aún silvestre en la cual había sauces llorones.

Se extendía Buenos Aires entre el río y sus paseos hasta ir dándole forma al Parque Tres de Febrero.

De a poco se acrecentaban sus jardines y senderos. Sus plazas, sus arboledas, Thays cuidó con esmero.

Mil nueve y veinticinco transcurría muy ligero cuando por cierto arribaron aquellos fieles pioneros.

En las calles se mezclaban los autos y los cocheros, y la moda ya indicaba ir de chaleco y sombrero.

En aquel mismo verano, los primeros misioneros, aquí, de tierra lejana, su mensaje nos trajeron.

Llegada la Navidad en el Parque se reunieron a consagrar esta tierra para tiempos venideros.

Entre ellos, un apóstol, con el poder verdadero, sobre este propio suelo abrió las puertas del cielo.

Después de cantar los himnos y rogar al Padre Eterno, dedicaron estos lares al sempiterno evangelio.

«No será cual girasol que crece y muere primero, sino como la bellota de crecer firme y certero».

De allí se esparció la fe con la rapidez del fuego a las naciones vecinas, por decenas y por cientos.

Mas todo aquello empezó, afectando al Sur entero, en los soleados caminos del Parque Tres de Febrero.

El son de los cien años

Alejandro Seta

Si viene a mí la poesía y todos los planetas
(aquellos que existieron y los que no existen)
y sus estrellas y sus soles y sus ángeles
vienen a mí, cantaré el son de los cien años.

¿Cuántos universos hacen falta para que
mi verso libre cante para la América
surera, mi América del malambo en tierra,
América santa? Dios la ha creado. Destino

tiene de grandeza desde que tres misioneros
como los de antaño, pero con traje, volante
en mano y algazara en sus labios, cantaran
la nueva canción de los que sufren. Ya bastaba

que los olvidados tuvieran hambre, ya
bastaba que la sangre fuera aún sangre y
¿bastaba que las madres durmieran en la calle?
Y que en unas navidades, tres desconocidos

hijos de Cristo (¡Buenos Aires les debe un tango!)
bajo un sauce y sin público hicieron que toda
América del Sur resucitara. Cantando,
si fuera posible, una canción que no existe.

No sucedida aún, pero que sin embargo
ya sucedió, porque ellos lo dijeron.
Tres ángeles con traje, tres enviados de arriba.
Y no salieron en los diarios. Sí en el Cielo

están escritos sus hechos, y oraron por todos
los americanos. Por Martín, el verdulero,
y Alicia, la eterna despreciada. Oraron por
todos los sufrientes y por los ricos también

para que fueran bondadosos y, por los pobres,
más humildes. Para que todos dejen sus armas,
y se armen de alegría. Porque el odio es semilla
donde germina la guerra. Y hay muchas guerras,

la peor de todas: la muerte del alma humana.
Aquellos hombres vinieron a decirnos
casi sin nombre, negados, y casi sin nada,
que los campos pronto traerían las abejas.

Que se terminarán las amarguras, que el dolor
huirá de nuestras mentes. Y que todos tendrán
compañía en sus últimas camas. Que ya nadie
será olvidado: porque hay Uno que lo sabe.

Ahora se van: dejan ya aquellas navidades
(unos pocos los acompañan, hoy son millones
que como el pan multiplicados los alaban).
Que este canto se termine me ha sido dicho.

Ya pueden volar los pájaros. Que el sol salga y
vuelva el trajín de las ciudades. Ha sido hecho.
Pero que nadie olvide a aquellos que llegaron
por amor al Sur. (La ciudad les debe un tango).



Un monumento conmemorativo de una oración que el élder Melvin J. Ballard ofreció en 1925, dedicando Sudamérica para la predicación del evangelio, se muestra en el Parque Tres de Febrero en Buenos Aires, Argentina. El monumento está ubicado en los jardines del Museo Sívori.



Este marcador fue colocado en el año 2000 en el Templo de Buenos Aires, Argentina, en conmemoración del 75º aniversario de la oración dedicatoria de 1925.

POESÍA

Fue en diciembre de 1925

Leticia Teresa Pontoni

Y llegaron muchos
a enseñar la palabra.
A predicar, a dejar su huella.
A ayudar, a abrazar, a crear sonrisas
en muchas personas.
Y las cosas cambiaron, se modificaron.
Las personas atentas al cambio
leyeron el Libro de Mormón, la Biblia.
Aprendieron y aceptaron.
Fue un logro celestial,
pero en nuestro mundo, la tierra.
Todos crecieron, no sólo la obra.
Y se extendió, se extendió, mucho más,
y conoció otras tierras.
Cerca de ríos, en grandes ciudades.
Se extendió.
Mucho más.
Cada vez más.
Por la gracia de Dios.
Cien años de luchas, alegrías, tristezas
y enormes hazañas e innumerables logros.
Pero la meta de llegar y predicar se logró.
Y cuántos más se unieron a esta obra
en los venideros años y décadas.
La palabra acarició el corazón y el alma de muchos.
Familias enteras decididas a seguir
de la mano de nuestro Padre Celestial,
su hijo Jesucristo
y el Espíritu Santo.
Que en los años venideros
más almas lleguen al redil.
De ellos sea el reino por todos los siglos. Amén.

FICCIÓN

Santiago 5.19

Alejandro Mazzeo

Santiago 5.19

Esa escritura llamaba su atención desde hacía años. Una mezcla de deseos de ayudar a los demás y al mismo tiempo sanar su mente, calmar su atribulado corazón, apagar el fuego inextinguible de la culpa.

Así meditaba Hernán sentado en el colectivo en camino a su trabajo.

La mañana se mostraba diáfana y el calorcito empezaba a hacerse sentir en tiempos de cercana primavera.

Santiago 5.20

Esa promesa lo motivaba, animaba su pensar, le daba ánimo.

Mientras así pensaba recibió una llamada de Raúl, el presidente del cuórum del barrio.

—Hola, Hernán, ¿cómo estás? Llamaba para recordarte la actividad de servicio en casa de Juan García.

—Sí, no lo olvidé, presidente. Ahí estaré puntual. Despreocúpese.

«¡Qué suerte que Juan aceptó recibir ese servicio! —pensó—. Ya han pasado muchos años desde su inactividad. Esto seguramente lo ayudará a volver».

Al llegar a su trabajo saludó educadamente y se perfiló a la oficina. La luz del sol invadía el lugar por el ventanal y le daba un entorno agradable, cálido. Enseñada le salió al cruce Silvio, que tomándolo por los hombros le susurro al oído:

—Hola, Hernán, buen día. Me encantó la escritura que me marcaste para leer. Hay algunas cosas que quiero preguntarte; no alcancé a entenderlas. Pero lo haremos luego. Ahora te dejo. Nos vemos después.

—Tranquilo, Silvio —le contestó—. Charlamos más tarde.

Silvio era un compañero del trabajo al que había compartido ciertas enseñanzas de la Iglesia. Era un hombre de mediana edad y con un semblante que mezclaba intelectualidad con hambre de saber.

Y así, con la ajetreada mañana, se fue dispersando su pensamiento.

¿O no?

Santiago 5.19

Volvió esa escritura. Si tan solo pudiera llevar a cabo ese cometido. A él le encantaba enseñar a los demás, ayudar a los inactivos a volver, tratar de ser una herramienta positiva en la obra. ¿Pero cuántos sería suficiente? ¿Cómo saberlo?

¿Y por dónde empezar?

La alarma de su teléfono lo volvió a la realidad.

Era tiempo de suministrar los medicamentos a Marta. Había preparado la alarma para recordarlo. Se tomó cinco minutos para llamarla.

Marta padecía un cuadro de insuficiencia cardíaca. Vivía sola y necesitaba contención y que alguien le recordara tomar su vasodilatador. Desde hacía ya varios meses que se le había asignado a él ser el hermano ministrante de ella junto con Luis, su par en el sacerdocio.

Marta agradeció con ternura el servicio.

Al terminar la jornada laboral se retiró cansado y perfiló sus pasos hacia la parada del colectivo. Justo ahí se encontró por casualidad con Claudia, una amiga querida que estaba en un tiempo de duda y crisis de fe.

—Hola, Claudia, ¿cómo estás? No te olvides del devocional por el centenario de la Iglesia en Sudamérica. ¿Quieres que pase a buscarte?

—No lo sé aún. Estoy indecisa... tal vez sí.

—No te preocupes; yo paso por ti y vamos juntos.

Claudia era para él una situación medular. Ansiaba con su corazón y mente poder ayudarla a superar su ambigüedad, y no encontraba las palabras ni los medios se presentaban en orden. Ella era dolor. Ella era... un espejo

Al despedirse de Claudia se encaramó al colectivo y al hundirse en su asiento se entregó a su acostumbrada meditación propia.

Santiago 5.19

«Si hay alguien que necesite cubrir multitud de pecados, soy yo» pensó.

Casi se durmió en el colectivo, pero alcanzó a bajar justo para la cita con los misioneros del barrio. Había prometido acompañarlos a una charla con un nuevo investigador.

Pablo les abrió la puerta de su casa con timidez.

Era un hombre corpulento y de mirada limpia. Miraba a los misioneros con avidez de saber. Se notaba en él la batalla que llevaba contra su propio intelecto.

Por pedido de los misioneros, Hernán testificó del Salvador, de Su obra, de Su origen divino y de cómo se desarrollaría Su reino en estos los últimos días. Sintió que sus palabras fueron escuchadas con el corazón, y eso lo alegró.

Por fin llegó a su casa ya con el cielo oscureciéndose.

El día había sido largo.

Santiago 5.19

Debería trabajar más.

Santiago 5.20

«Ese es mi mayor anhelo». Y así se durmió.

Pensando en ser mejor.

Pensando en ser perdonado.

Baja el cabija de una antigua sombrilla roja

Jesús Baldemar Liévano

—Ahorita vengo, mamá —digo, mientras salgo por la puerta principal de la casa con mi mochila de colores y un cartón cáscara de huevo, de esos que uso para dibujar y pintar.

—Momento, señorita. ¿A dónde crees que vas?

—Tengo que encontrar algo que pintar, necesito hacer un cuadro con una imagen que me inspire a ser mejor, es para la clase de arte de la prepa, ya ves cómo es el profe Nieto, le encanta pedirnos cosas raras para la calificación de final de bimestre.

Mientras mamá se queda en silencio, como si estuviera tratando de descubrir si es cierto eso de la asignación o es un invento mío para salirme a pasear un rato por la calle, pongo mi mochila sobre el hombro, tomo el cartelón en blanco donde pienso pintar y la antigua sombrilla roja de mamá, para salir, tratando de descubrir en la ciudad algo que me pueda hacer sentir inspirada.

El sudor inunda mi cabeza, haciendo que la tupida cabellera negra deje de verse rizada y se vea más bien escurrida por la humedad. El calor sofocante en las tardes de Villahermosa es aún más extremo en estos meses del verano; por eso se ven pocas personas fuera de sus casas.

Mientras voy recorriendo las calles, busco la imagen que me pueda hacer sentir inspirada. Veo pasar un vendedor callejero de frutas y verduras que recorre los vecindarios con una hielera montada sobre su triciclo. Es una persona muy trabajadora y me podría inspirar sobre el trabajo duro, pero no es lo que busco.

Entonces veo una madre partiendo y dando un par de cocos a sus niños pequeños. Sería una

pintura inspiradora sobre el amor y la dedicación incondicional de las madres. Pero a pesar de ser muy bella, no es lo que estoy buscando.

Continúo con mi travesía para encontrarme con quienes parecen ser un padre y un hijo, que están pescando a la orilla del río Grijalva, hombro con hombro, jalando las redes, para llevar el sustento a su familia. Una imagen hermosa, pero de nuevo, no es lo que estoy buscando.

El tiempo sigue su curso, y empiezo a sentirme frustrada. ¿Habría algo en esta ciudad que me haga sentir inspirada? ¿Qué será lo que me pueda hacer sentir así? Intento encontrar mi inspiración en las plantas, en los animales, en la gente que descansa bajo la sombra de los árboles, en las lanchas que recorren de un lado a otro el río Grijalva que parte la ciudad en dos, en los autos multicolores que avanzan a lo largo y ancho de las calles del centro de la ciudad, pero nada parece convencerme.

Cuanto estoy a punto de rendirme, me siento para descansar por un instante en el pequeño parque llamado la Ceiba, en honor a un enorme y frondoso árbol que se encuentra en medio del mismo. Entonces veo algo que me llama la atención. Frente a mí, se aprecia ese hermoso edificio de mármol, que da la impresión de estar brillando por el sol que refleja sus rayos a lo largo de las paredes blancas. Lo he visto antes, pero nunca he sabido bien qué es.

Veo a una joven pareja saliendo del edificio, él vestido de traje y ella de un vestido blanco. Obviamente se están casando, pero no veo el bullicio normal que se acostumbra en una boda;



**Templo de Villahermosa,
México**

solo veo a un grupo pequeño de personas alrededor de los novios que los acompañan para tomar algunas fotos en este momento especial.

Me quedo hipnotizada al ver tan peculiar escena. Así que me acomodo lo mejor que puedo, saco mi atril, mis colores, acomodo mi cartón y empiezo a pintar lo que veo. Bajo el cobijo de una antigua sombrilla roja dedico el resto de mi tarde a pintar a la pareja de recién casados, saliendo de ese hermoso edificio de mármol, reflejando una felicidad que pocas veces he visto.

—¿Dónde estabas, hija? Ya me tenías muy preocupada —me dice mamá apenas hube llegado a casa.

—Estuve por el parque de la Ceiba, mamá. Mira el cuadro que pinté de ese edificio de mármol que está ahí —le muestro mi pintura, al mismo tiempo que mis tripas suenan, pues el olor a caldo de res se siente por toda la casa y me recuerda que aún no he cenado y que ya hace mucha hambre.

—Sí, es muy bonito, hija. Veamos qué te dice tu maestro cuando lo llesves a la escuela.

Al día siguiente, ya en la escuela, el profe Nieto me pregunta:

—¿Qué es ese lugar?

—Me da mucha pena profe, pero no sé qué responderle. No tengo ni idea de qué lugar es ese, pero es muy bonito, ¿no lo cree?

—Sí, es bonito —dice mientras dedica unos segundos a apreciar la pintura y la belleza del momento—. Te mereces un diez. Muchas felicidades por tan bonita pintura.

Camino a la casa, voy pensando qué voy a hacer con el cuadro, porque de verdad me gusta mucho; además es una imagen de un hermoso edificio en la ciudad. Así que decido colgarlo en la sala. De todas maneras, a mi mamá también le gusta mucho, o por lo menos eso me dice.

Ha pasado el tiempo, el cuadro ha formado parte de nuestra decoración en la sala desde hace algunos meses, llamando la atención de quienes nos visitan en la casa, embelleciendo así la pared que está frente a la puerta principal.

Una tarde cualquiera, se escucha sin preámbulo: toc, toc, toc.

—Abre la puerta, hija. Alguien está tocando —grita mi madre desde la cocina, donde está preparando la cena.

Al abrir, veo de frente a dos jóvenes, vestidos de camisa blanca y corbata. Además, tienen un gafete negro en sus camisas que usan como al-

gún tipo de distintivo. Ya los había visto antes, pero nunca me detuve a hablar con ellos. No bien hube abierto la puerta, uno de ellos se presenta, diciendo:

—Somos misioneros. Representamos a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. ¿Había escuchado de nosotros antes?

En eso, el otro misionero le da un codazo a su amigo, haciendo una seña con los ojos para que vea mi cuadro colgado sobre la pared. Se ven uno al otro un poco extrañados y uno me pregunta:

—¿Ustedes son miembros?

—¿Miembros de qué? —pregunto intrigada.

—Pues, miembros de la Iglesia.

—¿Cuál iglesia? —vuelvo a preguntar.

Entonces, extrañados, me preguntan por el cuadro que tengo colgado en la pared, a lo cual me doy a la tarea de platicarles mi experiencia al pintarlo: como me emocionó el ver a la joven pareja salir de ese hermoso edificio y como me habían inspirado ese día.

Los invitamos a pasar. El élder Lozano era de la Ciudad de México y el élder Del Castillo era de Buenos Aires. El élder Del Castillo nos explicó que ese edificio era el templo, nos compartió que su abuelo fue de los primeros miembros de la iglesia en Buenos Aires, que le platicaba las historias de cuando era joven y ayudó a construir los primeros centros de reuniones y como se sintieron bendecidos cuando, en 1980, fue anunciada la construcción de un templo en Buenos Aires.

Durante días, los misioneros estuvieron regresando a casa. Nos enseñaron a mi mamá, a mis hermanitos y a mí lo que creen los miembros de su iglesia y nos explicaron mejor lo que son los templos. El élder Del Castillo nos mostró fotografías de cuando su abuelo fue sellado en el templo en 1986, después de años de haber esperado ese momento en su vida, y nos recalcó lo bendecidos que somos al tener un templo aquí en nuestra ciudad.

Nuestra vida ha cambiado desde entonces. Semanas después de esa primera visita de los misioneros, decidimos bautizarnos y ser parte de esa iglesia. Ahora mi mamá y yo hemos podido entrar a una parte de ese hermoso edificio, en un

área donde se efectúan los bautismos, y ahora sabemos claramente lo que es y lo que se hace ahí.

Esperamos en unos meses poder entrar todos juntos a otro salón especial del templo, un lugar donde podremos unirnos como familia, tal como lo hizo el abuelo del élder Del Castillo. Eso nos da la esperanza de que algún día volveremos a ver a papá, quien ya no está con nosotros, porque los misioneros nos explicaron que una vez sellados en el templo, estaremos juntos para siempre como familia eterna.

El tiempo sigue su curso. Han pasado ya tres meses desde que somos miembros de la Iglesia. Nos ha gustado asistir a las reuniones y nos esforzamos por aprender, pero no ha sido fácil. Hay muchas cosas nuevas y diferentes a lo que hemos creído siempre.

Quizá lo más difícil de ser miembros de la Iglesia es la soledad que podemos sentir: los misioneros que nos enseñaron ya no están, hemos perdido amistades, personas cercanas han dejado de convivir con nosotros, muchos familiares y vecinos se burlan de nuestro nuevo estilo de vida, aun el maestro Nieto se ha comportado de manera distante conmigo, cuando antes yo me consideraba una de sus alumnas favoritas.

Pero ha valido la pena, pues el tiempo ha pasado y hemos entrado como familia a ese salón especial, donde nos reunimos todos frente a un altar y hemos recibido la promesa de que seremos una familia eterna.

Un domingo, un par de meses después de nuestro sellamiento, el obispo se acerca a mí, me muestra emocionado un ejemplar de la revista de la Iglesia, que se llama *Liahona*. En una de sus páginas centrales, en la sección para jóvenes, viene una historia sobre la conversión de una familia de aquí de Villahermosa y su progreso durante su primer año en la Iglesia. Mientras el obispo me enseña la página, puedo ver una imagen, que muestra el Templo de Villahermosa, con una joven pareja saliendo de su sellamiento y a lo lejos, se ve una jovencita, sentada en el parque de la Ceiba, pintando lo que ve a la distancia, bajo el cobijo de una antigua sombrilla roja.

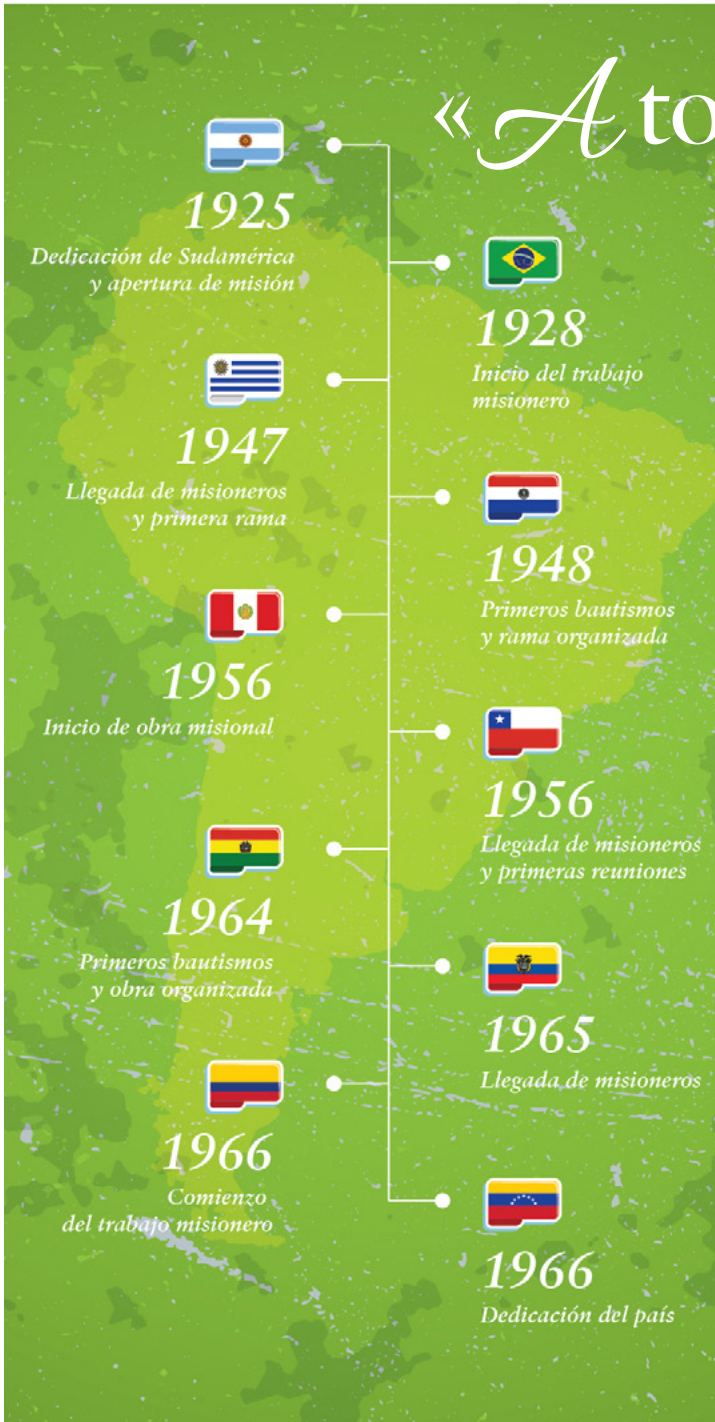
«A toda nación, y tribu, y lengua y pueblo». Apocalipsis 14:6

Maximiliano Martínez

Estando aún de pie junto al altar del sacrificio en la tierra de Moriah, una voz celestial llegó a Abraham, el patriarca, diciendo: «En tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste mi voz».

Seis siglos antes de Cristo, un joven profeta llamado Nefi recibió una visión divina, y la registró. En ella vio la venida del Mesías y gran parte de la historia del mundo. Vio a sus descendientes, los nefitas, siendo destruidos en guerras contra los descendientes de sus hermanos, los lamanitas.

Estando próximo a morir, su padre habló diciendo: «Yo, Lehi, profetizo según el Espíritu que obra en mí, que nadie vendrá a esta tierra a menos que sea traído por la mano del Señor». Y en cuanto a sus descendientes, dijo:



«Él traerá sobre ellos a otras naciones, a las que dará poder, y les quitará la tierra de sus posesiones, y hará que sean dispersados y afligidos».

En el siglo V, Moroni, el último descendiente del profeta Nefi, se dispuso a ocultar la historia de su pueblo, y registró: «...escribo unas cuantas cosas más, que tal vez sean de valor a mis hermanos los lamanitas en algún día futuro, según la voluntad del Señor...»

Y el tiempo corría, y los siglos transcurrieron.

Los onondaga, Guardianes del Fuego, la nación de la colina que habitaba en Palmyra, estado de Nueva York, antes de que los colonos fueran empujándolos de sus tierras ancestrales, adoraban a un Dios Creador, pero también enseñaban a sus hijos de un Gran Pacificador, cuyo nombre era tan sagrado, que no solían mencionarlo: Deganawida. Había nacido milagrosamente de una virgen, y después de unir a las naciones en la Confederación Iroquesa, se marchó en una canoa blanca y luminosa hacia el sol, diciendo que a donde iba no lo podían seguir. Pero dejó con ellos el árbol de la Hermandad de la Humanidad. De la unión de cinco tribus, la luz del Creador se propagaría hasta que todos los pueblos de la tierra estuvieran protegidos.

En la primavera de 1820, en una arboleda de la nación onondaga, un joven llamado Joseph Smith Jr. recibió la visita de Dios, el Padre, y de Jesucristo, el Gran Pacificador.

Corría el siglo XIX, y la nación yorta yorta observaba con preocupación la creciente agricultura y ganadería de los colonos británicos en el sur de Australia.

Caía la tarde, y el sol enrojecía las nubes sobre Tocumwal. Moo, anciano

del clan bikolatban, miró la imagen grabada de Bayadherra, la tortuga, símbolo de su nación y guía espiritual. Sus ojos brillosos reflejaban el ocaso; el ocaso de ese día, el ocaso de su vida y el ocaso de su pueblo. Su piel oscura contrastaba con su blanca y abundante barba.

—Yajjebla —dijo a su hijo que junto a él miraba el sol que se escondía en el horizonte— siento la voz de mis ancestros hablándome adentro.

Moo tomó por los hombros a su hijo.

—Ellos me dicen que esta gente que ha venido desde lejos se quedará en esta tierra. No saben quiénes son, ni saben de dónde vienen ni a dónde van. Aunque se muestran fuertes, son exiliados de su propia tierra. Un día aprenderán y descubrirán quiénes son, y quiénes fueron en Kuyam, antes de que el mundo fuese.

Hacia fines del siglo XIX, nació en Tocumwal, Australia, Thomas Murti Looney, nieto de colonos irlandeses.

Al otro lado del mundo, por esa misma época, los querandíes, de la nación pampa, se unían a otros grupos aborígenes para contrarrestar el avance del hombre blanco sobre su territorio.

En el sur de la provincia de Buenos Aires, el anciano Suaj, representante de Soychu, el Espíritu de la Luz, observó la extensa llanura.

—El hombre blanco seguirá avanzando y matando a nuestro pueblo y a nuestros hermanos. No conocen esta tierra. No entienden las voces sutiles de los árboles y bestias, que nos conectan con los espíritus. Pero un día aprenderán, y Soychu, nuestro Padre, les abrirá los ojos.

Comenzaba el nuevo siglo, cuando en 1918, en Argentina, en la ciudad de Tres Arroyos, antigua tierra querandí,



Templo de Bahía Blanca

churchofjesuschrist.org

fotografía 2025

nació Inés Looney, hija del inmigrante australiano, Thomas Murti Looney.

El 21 de enero de 1940, Thomas entraba a las aguas bautismales, luego de aprender la doctrina de Cristo, según le fue enseñada por un par de jóvenes norteamericanos. Le enseñaron de un muchacho llamado José Smith, que a la edad de catorce años tuvo una visión en la que vio a Dios el Padre y a su Hijo Jesucristo.

Aquellos jóvenes quizás no supieran de los onondaga, ni Thomas sabía mucho de los biko-latban... pero cada uno de sus pasos era parte de antiguos convenios y promesas.

El Señor Jesucristo era un personaje conocido para Thomas, pero estas enseñanzas llegaban con un aire fresco, un espíritu de restauración de verdades perdidas, de profetas vivientes, de revelación continua.

Thomas Murti Looney se convirtió en el primer hombre ordenado al sacerdocio según el orden de Melquisedec en la ciudad de Bahía Blanca, al sur de la provincia de Buenos Aires, Argentina.

El 21 de octubre de 1948, a solo ocho años de su bautismo, el abuelo Looney falleció, sin llegar a ver el establecimiento en 1980 de una estaca ni el anuncio en 2000 de un santo templo en Bahía Blanca.

Sin embargo, al reunirse con sus ancestros más allá de esta vida terrenal, creo vislumbrar a otros hombres de rasgos diversos acercarse a él, gente de la nación yorta yorta, en donde llegó al mundo, y de los querandíes, en donde lo abandonó. También antiguos lamanitas y nefitas.

¿Cómo se pueden medir las bendiciones que trae a la humanidad la fidelidad a los convenios concertados con Dios?

En las tierras de la nación onondaga se dedicó el 6 de abril del año 2000 el Templo de Palmyra, New York.

Dos meses después, el 16 de junio, en las tierras de la nación yorta yorta se dedicó el templo de Melbourne, Australia.

El 23 de noviembre de 2025, se dedicó el templo de Bahía Blanca, Argentina, muy cerca del arroyo Napostá, que fluye de las sierras desde tiempos inmemoriales a través de las tierras de la nación querandí.

Aunque el apóstol Parley P. Pratt visitó tierras araucanas en el año 1851, no fue sino hasta 1925 que Sudamérica fue dedicada por el élder Melvin J. Ballard para la prédica del evangelio restaurado de Jesucristo. El élder Ballard profetizó que el mensaje de la restauración crecería como un roble. De aquello ha transcurrido un siglo.

Durante estos últimos cien años, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos días ha llegado a aldeas, pueblos y ciudades en los departamentos, estados, provincias y regiones de cada república sudamericana, y se ha vuelto fuerte y luminosa. ¿Qué veremos en los próximos cien años? ¿Cuántas bendiciones llegarán en la simiente de Abraham a las naciones de la América del Sur? ¿Cuántos frutos aún dará el roble del élder Ballard, hasta que el Gran Jehová diga que la obra está concluida?

El mar y el faro: un legado de conversión

Monserrat Gamboa

No se puede controlar el viento, pero se pueden ajustar las velas. Nuestro paso por esta tierra se asemeja mucho a una travesía por el mar.

Esta es mi historia, pero mientras más me sumerjo en esta vida, más me convengo de que la humanidad vive y siente cosas similares a pesar de las diferentes circunstancias. Cada historia es única, singular, con sus matices, pero en esencia, igual.

Nací de padres «del mundo», aunque ellos no lo supieran cuando se casaron. Durante mis primeros años, conocieron el evangelio a través de dos misioneras. En su confusión y dudas pusieron a prueba el poder de la confianza en Dios, esa confianza un poco tímida, y reticente, pero que estaba dispuesta a dejar pasar el sol por una grieta. Con esa mirada en el horizonte llegaron miles de pruebas pequeñas, de milagros cotidianos, singulares, hasta imperceptibles, que alimentaron su fe para que el evangelio de Jesucristo se convirtiera en su agua viva.

Para quienes somos hijos de conversos, la marea es alta y la corriente un poco más rápida. Naturalizamos la fe porque la adquirimos de manera natural y con tradiciones familiares. La fe es algo que forma parte de nuestra identidad, es nuestra arquitectura mental y emocional, el ancla de nuestras acciones y de nuestros pensamientos. Para ellos fue dejar un puerto seguro y andar por aguas desconocidas, para nosotros una barca segura en un mar conocido.

Y la vida, o este viaje terrenal, suele ser muy circular, volviendo a lugares para encontrarnos con aquellos a quienes sentimos que les debemos algo, o todo. Intentando equilibrar los actos de servicio que nos han engrandecido la vida, que la han hecho dar un vuelco de 180 grados, generando una ola tan fuerte que arrasó positivamente con todos los patrones de la vida. Una ola que nos llevó por otra corriente, por otras aguas. Aguas inimaginadas no solo por nosotros, sino también por nuestros padres.

Cada historia es única, diferente, pero en esencia igual. Todos recibimos el evangelio de alguien, todos en algún momento de nuestras vidas decidimos mantenernos aferrados a la barca. Siempre con la vista en el gran faro que es Jesucristo, y aún en un mar de la vida embravecido, con la certeza de que dentro del evangelio no hay manera de naufragar.



CLAUDE MONET

El embarcadero de Le Havre

Óleo, 1868

La literatura lamanita y la historia sagrada mormona

Mariano MARTÍN RODRÍGUEZ

N.B. El presente ensayo es una versión adaptada por el autor de otro suyo con el mismo título publicado en la revista *Hélice: Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa*, [11\(2\): 9-25, \(otoño-invierno 2025-2026\).](#)

LA LITERATURA LAMANITA Y LA MATERIA SACROHISTÓRICA MORMONA

Hoy en día existen dos grandes conjuntos de religiones, con millones e incluso miles de millones de creyentes, que han determinado una gran parte de la cultura de las regiones donde son mayoritarias, también entre quienes allí ya no las profesan. Por un lado, están aquellas que tienen su origen en el antiguo paganismo indoario, como el hinduismo, el jainismo, el budismo y el sijismo; por otro, las que proceden del antiguo paganismo cananeo, como el judaísmo, el cristianismo, el islamismo y el mormonismo. Todas ellas se caracterizan por fundar su autoridad en determinadas escrituras sagradas, unas escrituras que se han venido glossando incesantemente desde los inicios de las religiones que en ellas fundan su autoridad. Tales glosas adoptan diversos moldes genéricos. Por ejemplo, los tratados teológicos se esfuerzan por explicar racionalmente las enseñanzas escriturarias y deducir metódicamente de ellas enseñanzas espirituales. Los himnos y otras formas de poesía sacra

expresan líricamente las emociones de la fe. Narraciones en prosa y verso cuentan los orígenes del mundo y de la propia religión, o anticipan proféticamente lo que ha de venir, en el marco de una historia sagrada que es a grandes rasgos común en cada uno de aquellos dos conjuntos.

Concretamente en el grupo occidental al que nos referiremos exclusivamente en este ensayo, los primeros libros de la Biblia hebrea aportaron los grandes relatos comunes a sus cuatro religiones mayores de ella derivadas, desde la creación del universo por un dios único hasta las aventuras de sus grandes héroes legendarios como Adán y Eva, Noé, los reyes David y Salomón, etc. Naturalmente, existen diferencias en sus visiones de la historia sagrada, en particular cuando aquella alcanza al período histórico de los reformadores en el origen de sus cuatro grandes ramas, si bien la comunidad de origen permite relativizar esas diferencias. Todas provienen de Adán, esto es, todas parten de la materia legendaria cananea en su manifestación hebrea tardía, mientras que las reli-

giones del otro gran grupo mundial tienen en común su materia legendaria indoaria, con su propia idea de creación y sus propios dioses y héroes.

Todas estas historias sagradas, coincidan o no a grandes rasgos, sí tienen en común que su expresión literaria no es autónoma, pues la narración de sus diversos episodios, independientemente de que se ajusten con mayor o menor fidelidad a sus fuentes escriturarias, se presenta de acuerdo con los esquemas formales de la literatura contemporánea, entre otras cosas porque se trata de divulgar la palabra sagrada empleando los recursos de la ficción y de la retórica, que dictan sus propias leyes al texto narrativo, desde su producción hasta su recepción, y que permiten estudiar las obras correspondientes con las herramientas hermenéuticas de la crítica literaria, poniendo entre paréntesis a efectos de estudio la sacralidad de su contenido, aunque no la religión a la que pertenecen. Una misma métrica, una misma retórica, unos mismos moldes genéricos pueden servir para contar la misma historia sagrada, pero esta no será igual si se cuenta desde una perspectiva judía, cristiana o islámica, ni desde dentro de cada una de esas confesiones. Un ejemplo de ello lo tenemos en uno de los escasos idiomas que pueden jactarse de haber sido vehículo de una notable producción de literatura religiosa no solo de la religión predominante en su área cultural, el cristianismo, sino también de las otras dos arriba recordadas: el castellano.

En esta lengua no solo una magna producción literaria religiosa cristiana, sino también otra judía y otra islámica, cada una de ellas nutrida, creada y recibida en el seno de sendas comunidades religiosas minoritarias, pero tan organizadas y literariamente producti-

vas que han merecido recibir su propio nombre e identidad en la hispanosfera o conjunto de regiones cuya cultura se expresa en castellano y, en menor medida, también en otros idiomas derivados del latín practicado en la Hispania romana. Por una parte, tendríamos la *literatura sefardí*, escrita sobre temas judíos por judíos hispanos, tanto en el país como en el exilio, donde constituyeron comunidades culturalmente autónomas, por ejemplo, en Ámsterdam y otras ciudades europeas, en la Edad de Oro vivida por la literatura hispánica entre finales del siglo XV y principios del siglo XVIII. Fue entonces cuando poetas de esa religión publicaron epopeyas sobre personajes bíblicos hebreos como el *Poema de la reina Ester* (1627) en sextinas de João Pinto Delgado, ajustándose en todo a la retórica y la lengua cultas castellanas de la literatura cristiana de su tiempo. Por otra, tendríamos en la misma época la *literatura morisca*, escrita sobre temas islámicos por los musulmanes de los reinos cristianos de la península ibérica antes y después de su expulsión por parte de la Monarquía de España ultimada en 1613. Tras este forzado exilio, los moriscos solo consiguieron mantenerse como comunidad cultural hispánica en la región de Túnez, al menos hasta su desaparición al integrarse completamente en su medio en el siglo XVIII. En esa comunidad morisca destacó el poeta Muhammad Rabadán, el cual ofreció en castellano a sus correligionarios su *Discurso de la luz* [1603] sobre las vidas de los profetas según la historia sagrada islámica. Para tal fin recurrió al romance, un metro ampliamente cultivado por los autores cristianos de su país de origen, pero que él adoptó para escribir sobre temas de su religión, igual que Pinto Delgado y otros lo hicieron con



Una misma métrica, una misma retórica, unos mismos moldes genéricos pueden servir para contar la misma historia sagrada, pero esta no será igual si se cuenta desde una perspectiva judía, cristiana o islámica, ni desde dentro de cada una de esas confesiones.»



Los lamanitas
se regocijan,
VIDEOS DEL
LIBRO DE
MORMÓN
churchof
jesuchrist.org

ese y otros metros para asuntos de la suya judía.

Siglos más tarde, un fenómeno similar se produciría con la más reciente de las religiones de su grupo de origen cananeo, el mormonismo, de modo que ya podemos hablar de *literatura lamanita* o mormona hispánica, cuyo desarrollo ha tenido lugar sobre todo en las regiones mexicana y rioplatense en la segunda Edad de Oro de las letras hispanas, entre finales del siglo XIX y principios del siglo XXI. No en vano reside al sur del Río Bravo o Grande la mayor población hispanoparlante mormona, la cual rivaliza en tamaño con la anglófona centrada en el llamado *corredor mormón* de los estados americanos de Idaho e Utah. En este último es donde se encuentra, Salt Lake City, la sede de la principal confesión mormona, la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y única región del mundo donde el mormonismo es mayoritario, contando allí con su propia infraestructura cultural, incluidas las editoriales que publican la inmensa mayoría de la literatura religiosa mormona. Des-

de ese centro irradia hacia el resto de mundo un mormonismo anglófono avasallador en forma de numerosas traducciones. Por ello, y pese al esfuerzo misionero internacional de esta religión, la estructura fuertemente jerárquica y centralizada de los Santos de los Últimos Días ha impedido hasta ahora la aparición de literaturas mormonas cuajadas en idiomas distintos al inglés, con la excepción del castellano. En este idioma, Margarito Bautista escribió ya en la década de 1930 un tratado que fundía mormonismo y nacionalismo mexicano al desarrollar la idea de que los amerindios y, por extensión, los latinoamericanos eran descendientes de los lamanitas, de acuerdo con su historia contada en *The Book of Mormon* [*El libro de Mormón*], el libro sagrado de los mormones. El historiador indígena del mormonismo mexicano Agricol Lozano retomaría en la década de 1980 una reivindicación semejante de la identidad lamanita.

Aunque controvertido, este uso del etnónimo *lamanita* se ha ido generalizando, habiendo sido incluso em-

pleado en ocasiones por la iglesia mormona mayoritaria para designar a los hispanoparlantes no estadounidenses, por lo que creemos justificado aplicarlo también a la literatura hispánica mormona, entendiendo por tal no la escrita por mormones sobre cualquier asunto, sino concretamente aquella que alberga contenidos mormones, especialmente la que recrea episodios de su historia sagrada en nuestra edad contemporánea como lo hicieron Pinto Delgado y Rabadán en la suya. Estos autores en castellano han contribuido así al desarrollo literario de la materia sacra revelada por *The Book of Mormon*, sumándose así, con una voz propia, a las más numerosas recreaciones de la misma materia escritas en inglés. Entre ellas, el gran clásico es *Corianton* [Coriantón] (1889) de Brigham Henry Roberts. Este amplió, enriqueciéndolo narrativamente, un versículo del libro de Alma acerca de los amores del joven e ingenuo protagonista con Isabel, una mujer de mala vida, cuyo carácter fuerte y bien trazado la convierte en esa breve novela en una interesante manifestación mormona del tipo decadentista de la mujer fatal, equivalente en su religión a la Dalila del judaísmo, la Salomé del cristianismo y la Zuleica del islamismo.

Corianton fue durante décadas un modelo para nuevas recreaciones literarias de la historia sagrada mormona, habiendo sido la obra incluso dramatizada y llevada al cine por los propios mormones. Sin embargo, no logró superar las fronteras invisibles de su comunidad. Aún hoy, es un clásico de la literatura mormona, pero no ha suscitado desgraciadamente atención crítica alguna fuera del mundo académico ligado directamente al mormonismo. Escritores mormones practicantes actuales como Orson Scott Card, Stephe-



nie Meyer y Brandon Sanderson sí han conseguido franquear esas fronteras y cosechar un amplio éxito, al menos de público, pero sus obras más conocidas no pertenecen a la literatura mormona en la medida en que no expresan directamente ni la teología ni la historia sagrada de su religión. La materia legendaria mormona sigue siendo *terra incognita* para la inmensa mayoría de los lectores y estudiosos *gentiles*.

Se podría aducir como excusa de esta lamentable ignorancia el hecho de que las narraciones que desarrollan aquella materia, aparte de *Corianton* de Roberts, no se suelen distinguir por su sofisticación literaria, al tiempo que los propios mormones no parecen apreciar en su justa medida varias de aquellas que demuestran que sus autores se han esforzado por ofrecer una escritura que se salga de los caminos trillados de la novelística producida según el modelo consagrado de los

Coriantón
(Eric Alden
y Relia (Alis
Frost) en
la película
*Corianton:
A Story of
Unholy Love*
[*Coriantón:
una historia de
amor impío*],
dirigida por
Wilfrid North,
1931.



[...] una obra tan ambiciosa como el poema épico en doce libros de Michael R. Collings[...] titulado *The Nephiad* [Nefíada] (1996), cuyo verso blanco y estilo miltónico puesto conceptualmente al día permiten situarlo junto a varias notables epopeyas de historia sagrada en metro regular del último cuarto del siglo XX



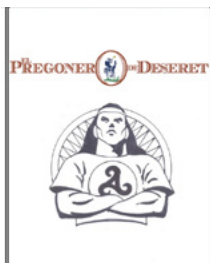
best-sellers de la angloesfera, con su narrativa lineal, su exclusión de cualquier excursio en otras formas de escritura (poemas, escenas dramáticas, documentos de apariencia no ficticia, etc.), sus diálogos a menudo triviales, su práctica carencia de tropos y de figuras de estilo, y su atención a la acción más que a la introspección y a la exposición directa más que a la sutileza de lo implícito. Frente al éxito de largas series novelísticas de este tipo sobre episodios de *The Book of Mormon* como las de Heather B. Moore o Chris Heimerdinger, puede tomarse como indicio de aquel menosprecio interno a la comunidad lectora mormona el hecho de que no figure en la lista en línea «100 Works of Significant Mormon Literature» [100 obras importantes de la literatura mormona] de la Association for Mormon Letters [Asociación de las Letras Mormonas] (AML) una obra tan ambiciosa como el poema épico en doce libros de Michael R. Collings sobre la salida y primeras aventuras de los exiliados de Jerusalén titulado *The Nephiad* [Nefíada] (1996), cuyo verso blanco y estilo miltónico puesto conceptualmente al día permiten situarlo junto a varias notables epopeyas de historia sagrada en metro regular del último cuarto del siglo xx, tales como la dedicada a las hazañas del legendario fundador del judaísmo *Moses* [Moisés] (1976) de Anthony Burgess y *Poemo de Utnoa* (1993), la versión paleoastronáutica del mito de Noé escrita en esperanto por Abel Montagut y traducida por él mismo en prosa poética al catalán (*La gesta d'Utnoa*, 1996) y en verso al castellano (*Utnoa*, 2018).

Con todo, y pese a no estar escrito en inglés, que es el idioma de casi todas las obras mencionadas en ella, sí figura en aquella lista de la AML

un libro tan decididamente literario como *Estampas del Libro de Mormón* (2018) del uruguayo Gabriel González Núñez, que evoca figuras de su historia sagrada de forma narrativamente poco convencional. En vez de una novela al uso, nos hallamos ante una obra compuesta de breve monólogos narrativos y que obedece a una estética muy distinta, una estética que tiene su origen en la propia hispanosfera, enmarcándose por ello en la literatura lamanita como ejemplo señero de la misma, tal como indican su excepcional inclusión en aquella lista y el hecho de que se haya vertido al portugués y al inglés, mediante auto-traducción en este último caso (*Book of Mormon Sketches*, 2023). Tras esta buena recepción, puede afirmarse que la literatura lamanita ha alcanzado un primer reconocimiento de su valía, al menos en la esfera cultura mormona, tras unos inicios poco prometedores.

ESTAMPAS DEL LIBRO DE MORMÓN EN SU CONTEXTO HISTÓRICO-LITERARIO

La literatura lamanita arranca a inicios del siglo XX, cuando se publicaron varios himnos religiosos mormones originales en castellano, entre los cuales destacan por su carácter translingüe los traducidos y originales que figuran en el libro de la estadounidense Samantha T. Brimhall de Foley editado en Salt Lake City en 1911 con el título de *Canciones de Sion o del culto mormón*. Por desgracia, los himnos originales hispánicos de ese y otros himnarios en castellano fueron pronto sustituidos por meras traducciones del himnario oficial en inglés de los Santos de los Últimos días y, en cualquier caso, esta lírica devocional no tenía grandes pretensiones litera-



rias. Aunque la producción poética mormona en español prosiguió de manera dispersa a lo largo del siglo XX, la literatura lamanita como tal es más bien un fenómeno bastante reciente. Podría decirse incluso que tuvo su inicio en 2018, cuando se produjeron dos hitos fundacionales. Por una parte, Gabriel González Núñez publicó sus *Estampas del Libro de Mormón*. Por otra, él mismo y otro escritor de origen rioplatense, el argentino Mario R. Montani, fundaron, junto con otros colaboradores, la revista literaria electrónica *El Pregonero de Deseret*, cuyo primer número corresponde al primer trimestre de aquel año y que sigue publicándose hoy en día como órgano de la Cofradía de Letras Mormonas, una organización informal de autores mormones de la hispanosfera. En el artículo programático que abría aquel primer número, se declaraba que la función principal de la revista era la de servir de enlace y portavoz de aquellos autores, quienes antes se veían obligados, a falta de una base editorial mormona hispánica, a difundir sus escritos normalmente de manera informal, en bitácoras u otras páginas de internet, o realizar autoediciones aprovechando las facilidades ofrecidas por los nuevos procedimientos de publicación electrónica y en papel ofrecidos por algunas grandes plataformas de comercio en línea. El mismo González

Núñez autopublicó de esta manera las dos ediciones de sus estampas mormonas (2018 y 2022), ya que entonces difícilmente podía acceder una obra en castellano a la edición profesional mormona en Utah, cuyo público era y es anglófono. En estas circunstancias, pese a las limitaciones de extensión que supone el formato de revista, *El Pregonero de Deseret* representa para la literatura mormona en castellano un medio de difusión profesional y legítimo desde el punto de vista del funcionamiento de la literatura moderna, uno de cuyos puntales han sido tradicionalmente las publicaciones periódicas, y equivalía para la hispanosfera a una revista electrónica mormona similar muy prestigiosa de la anglosfera mormona, *Irreantum*, aunque esta se ha abierto ocasionalmente en los últimos años a contenidos en castellano y otras lenguas, en edición bilingüe. *El Pregonero de Deseret* venía a aportar una legitimidad literaria semejante a la ofrecida por *Irreantum*, con la diferencia de que la revista hispánica está mucho más cuidada desde el punto de vista visual y gráfico, con una maquetación variada y numerosas fotografías, ilustraciones y reproducciones de pinturas y otras obras de arte.

Además, *El Pregonero de Deseret* no limitaba su propósito la difusión de nuevos escritores. También se fijó por objeto el estudio y el rescate de sus

Portadas
de distintas
publicaciones
de la revista
*El Pregonero
de Deseret*



Carátulas de
la revista
*El mensajero
de Deseret*.

Foto:
cortesía de
Mario Montani

precedentes literarios. En aquel artículo programático del primer número de la revista se aludía a la existencia en el pasado de revistas hispánicas de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en las que aparecían a veces textos literarios originales, pero que dicha Iglesia había puesto fin a esa práctica al unificar sus publicaciones en idiomas distintos al inglés y alimentarlas casi exclusivamente de traducciones a partir de esa lengua, al tiempo que la literatura fue desapareciendo de los boletines eclesiásticos en general, coincidiendo con el desarrollo de publicaciones literarias especializadas en el *corredor mormón*. Estas no podían sostenerse en otros lugares por la falta de una masa suficiente de lectores capaces de sostener una publicación en papel, antes de que Internet permitiera la publicación de revistas electrónicas por un importe muy inferior al de la edición física tradicional. Entonces pudo *El Pregonero de Deseret* reanudar el curso interrumpido de la literatura lamanita e intentar salvar del olvido más completo, salvo el caso particular del heterodoxo Margarito Bautista, los primeros escritores creativos mormones en castellano. Gracias a la labor de rescate de tex-

tos en la revista y al trabajo filológico, entre otros, de González Núñez, se ha sabido de poetas como la mexicana Consuelo Gómez, autora entre 1937 y 1965 de poemas líricos en los que cantó sus creencias y expresó su fe en versos más bien ingenuos y estéticamente ligados a un tardío romanticismo. Lo mismo puede decirse de la poesía del argentino Máximo Corte, que apareció en las páginas de una revista eclesial, *El Mensajero Deseret*, en los años anteriores a su fallecimiento en 1950. Allí empezó a publicarse en 1948 su correcta versificación capítulo a capítulo del primer libro de *The Book of Mormon*, con el título general de «1 Nefi», de la que se han reeditado en línea algunos capítulos, faltando aún una reedición completa y filológicamente fiable del conjunto. Esta reedición se justificaría sobre todo por razones de arqueología literaria, ya que se trata del primer tratamiento literario hispánico relativamente extenso de la materia legendaria mormona, concretamente de los preliminares en torno a Jerusalén del exilio al Nuevo Mundo y a la difícil obtención de las planchas en que figuraban inscritas las gestas de sus antepasados. Este tema es también el de *The Nephiad* de Co-

llins, de la que el poema truncado de Corte es un modo precedente, igual que lo puede ser un sencillo romance sobre el mismo asunto de Consuelo Gómez titulado «En busca del tesoro» (1937).

«En busca del tesoro» y «1 Nefi» son ejemplos excepcionales por su carácter narrativo y su tema sacrohistórico en la literatura lamanita temprana, pero la recreación de episodios de la historia sagrada mormona dejó de serlo como mínimo a partir de las estampas de González Núñez. Por ejemplo, Montani, su colega de *El Pregonero de Deseret*, publicó en esa revista, tras darlo a conocer en 2023 en una página web, un «Romance de Abinadí» acerca de un profeta quemado en la hoguera por haber dado testimonio de su fe y haber anunciado el ministerio de Jesucristo en las tierras del Nuevo Mundo. Por su estilo y versificación, recuerda los precedentes de Gómez y de Corte, con los cuales coincide enteramente en cuanto a su estética. En cambio, Montani se muestra más actual, e incluso posmoderno si atendemos a su explotación lúdica del anacronismo voluntario, en microrrelatos como «La esfera» (2017), que confronta a Nefi con un objeto de bronce en el que lee la palabra ininteligible «recalculando», y, sobre todo, en sus «Tres jornadas intertextuales de Nefi» (2025), que es una reescritura bastante heterodoxa del viaje oceánico de Lehi, Nefi, Lamán y su familia hacia el Nuevo Mundo, durante el cual se encuentran con las sirenas de la *Odisea* homérica, King Kong, el verniano capital Nemo, Peter Pan y otros personajes ficticios de la literatura y el cine, e incluso visitan Númenor, una isla de la Tierra Media tolkieniana, si bien Nefi, el narrado homodiegético se pregunta al final si todo ello ocurrió o si no fue más bien un sueño o una visión de un futuro incomprensible...

Estas ficciones posmodernas de Montani están escritas en una correcta prosa narrativa, muy alejada en su concepción de la escritura típica de los *best-sellers*, pues huye siempre de la trivialidad estilística y se abre, en cambio, a un empleo discreto eficaz de las figuras retóricas a fin de intensificar la fuerza expresiva emocional, en un registro levemente paródico, de lo contado. Estas características ya aparecían, en un registro serio y más tradicional en cuanto a su planteamiento narrativo, por ejemplo, en un cuento suyo publicado en *El Pregonero de Deseret* en el verano de 2021 y también en *Irreantum*. Su título, «Mahor y la cureloma perdida» intriga por su extrañeza. ¿Quién es Mahor y qué es una «cureloma»? Su lectura nos sitúa en un mundo secundario con características propias sugeridas por esa cureloma, que no es sino un animal tan fabuloso



Pintura de la muerte de Abinadí,
de autor desconocido.
Publicada el 15 de junio de 1903
en *Juvenile Instructor*

como el Leviatán bíblico que habría prosperado en las tierras de América en aquel pasado legendario posterior a la dispersión de los constructores de la torre de Babel. Mahor es un joven granjero que va a buscarla, porque sin la cureloma, que es un animal de labor, su familia difícilmente podría labrar su heredad. Toda la historia, que se desarrolla en un medio modesto alejado de las luchas e intrigas de los poderosos, se tiñe de un sentimiento de melancolía ante el barruntado final de un mundo, final sugerido el hecho de que aquellos animales imaginarios han dejado de reproducirse. Su subsiguiente extinción, aunque el desenlace del cuento abría una rendija a la esperanza, es sinécdoque del de toda la civilización jaredita, que es la de Mahor y su familia, según indican algunas breves alusiones que sirven para localizar la acción en el curso de la historia sagrada mormona, pero sin alterar por ello la plena autonomía ficcional de la invención de Montani. De hecho, puesto que tan solo la cureloma indica que no se trata del mundo conocido de la historia profana y la atmósfera es cotidianamente verosímil, el universo evocado por él en este cuento puede leerse como análogo a los secundarios de la fantasía épica, al menos en aquellos, más comunes en las literaturas latinas, que prescinden de la magia y otros elementos sobrenaturales, prefiriendo en su lugar el cuidado de una ambientación material y humanamente creíble del mundo creado a la búsqueda de una honda atmósfera emocional y al servicio de una honda reflexión sobre el tenor y el destino de las civilizaciones. Así puede observarse, por ejemplo, en ficciones escritas por compatriotas de Montani como *Kalpa imperial* (1983-1984) de Angélica Gorodischer y *Los zumitas* (1999) de Federico Jeanmaire.

Si bien esta ubicación genérica de «Mahor y la cureloma perdida» no es directa, sino derivada lógicamente del carácter proto- o paraépico-fantástico al que nos referimos del propio *The Book of Mormon* y de la materia legendaria en él originada, Montani la limitó a mero fondo de la narración, de forma que la dimensión subcreativa de aquel cuento, en el sentido tolkieniano, es mayor que en otras obras sobre la misma materia del grupo de escritores ligado a *El Pregonero de Deseret*, en las cuales la relación con el hipotexto sagrado es de mayor dependencia. Así ocurre, por ejemplo, en el breve drama publicado en esa revista «La liberación del pueblo de Limhi» (2020) de la argentina Débora Loiza, sobre el difícil escape de ese pueblo derrotado por sus pecados hacia Zarahemla una vez arrepentido. También recrean hechos y figuras de *The Book of Mormon*, con fidelidad casi completa al libro sagrado las *Estampas del Libro de Mormón* de González Núñez, cuya escritura, en cambio, está aún más ligada que la de Montani a la tradición literaria de su lengua, pues su hipotexto formal y discursivo reconocido por el autor es, igual que su género, singularmente hispánico.

ESTAMPAS DEL LIBRO DE MORMÓN Y EL GÉNERO DEL MONÓLOGO HISTÓRICO

En la primera edición de 2018 de estas estampas de González Núñez figuraba una nota introductoria que el autor reprodujo en 2022 en la segunda edición ligeramente modificada del libro. El autor indicó en ella la obra a la que había pretendido emular con su volumen, hasta en el propio título y en el número de textos incluidos, que son cuarenta en ambos casos. Se trata de

Estampas de la Biblia (1934) de su compatriota Juana de Ibarbourou, cada una de las cuales se divide en su título, que es un personaje del Antiguo Testamento de la Biblia cristiana, desde Adán hasta la madre de los Macabeos en orden aproximadamente cronológico, y un monólogo en prosa. En cada uno de estos, la voz en primera persona alude a elementos de su biografía según la historia sagrada, desde su propia perspectiva, tanto en lo que se refiere a la elección de los recuerdos evocados como en su función a efectos de la descripción interna de su personalidad, con sus móviles y relación con el papel a ella asignado por la divinidad suprema hebrea en la historia sagrada de Israel y de la humanidad. De esta forma, las figuras que en la Biblia están sometidas a la perspectiva exterior y ajena de un narrador-historiador que las cuenta y juzga, toman la palabra para ofrecer su propia versión de los hechos. Aunque esta versión coincida generalmente con la bíblica, el hecho mismo de dar voz a esos personajes, con profusión de detalles expresivos tanto psicológicos como de ambiente, representa una innovación que enriquece en alto grado nuestra visión de la materia legendaria hebrea como literatura. Esta innovación se inscribe en la tendencia moderna a ahondar en el alma y el pensamiento de los personajes, de lo que es indicio manifiesto el amplio uso del monólogo interior o, al menos, la exposición directa del yo en forma de soliloquios, dentro de novelas o como textos autónomos clasificables en la ficción breve en prosa. A esta inmersión novelística directa en la psique habría que añadir un procedimiento similar en la poesía en verso que ha dado lugar a lo que se suele denominar «monólogo dramático», esto es, el género cuyos grandes pioneros fueron Maurice de Guérin con «Le centaure» [*El centauro*] (1840), en prosa, y Alfred Tennyson con «Ulysses» [*Ulises*] (*Poems* [Poemas], 1842), en verso. El monólogo dramático consiste en hacer confesar a un personaje, normalmente histórico o legendario, sus sentimientos y su versión de sí mismo ante un interlocutor mudo, unas veces explícito (por ejemplo, cuando el personaje que monologa apela a la atención de quien lo escucha en una situación específica) y otras veces implícito, cuando no se sabe muy bien a quien se dirige el hablante, ni en qué situación se produce la elocución, aparte de la general de la época de que se trate.

Ambos géneros de monólogo, el interior y el dramático, se han aplicado a las tradiciones religiosas. Por ejemplo, Giovanni Papini publicó en 1935 nueve *Soliloqui di Betlemme* [*Soliloquios de Belén*], que son monólogos autónomos en prosa de testigos del nacimiento de Jesús de Naza-



**Madre de los
Macabeos**
Jan Collaert
(II), Impresión
en lienzo,
1588-1597



CARL BLOCH
*Resurrección
 de Lázaro
 por Jesús*
 pintura, 1870

ret, incluso de animales como el buey y el asno del portal de Belén. Papini no se atrevió en ellos a aplicar la técnica joyceana de la corriente de conciencia, pues el monólogo interior es ahí gramática y textualmente articulado, lo que no obsta a que sea indudablemente interior, al presentarse como una plasmación no mediada de pensamientos y reflexiones en un sitio y momento concretos. En cuanto al monólogo dramático de historia sagrada, se puede recordar «Lázaro» (*Las nubes*, 1940) de Luis Cernuda, en el que el resucitado por Jesús de Nazaret según los Evangelios canónicos cristianos describe en verso su experiencia del milagro a un auditorio implícito e impreciso, aunque se trata de un momento posterior al propio prodigio, pues el monólogo es realmente una rememoración de lo sentido por él a raíz de su regreso de entre los muertos.

Entre ambos polos, novelístico y lírico, del monólogo se pueden situar las estampas de Ibarbourou. A veces, como en la dedicada a Agar, incluso figuran réplicas de diálogo directo, como en la novela. En otras, un lenguaje emocional realza la exposición de los sentimientos propios de cada personaje monologante. Sin embargo, estas son diferencias de matiz, pues

todas ellas presentan una estructura textual semejante que funde la expresividad entre lírica y descriptiva del poema en prosa y la narratividad sintética del microrrelato. Cada una de estas semblanzas interiores es muy breve, ya que rara vez superan la extensión de una página de texto normal y, lo que es más importante, cada monólogo autobiográfico se presenta como una obra coherente y consciente, como si el personaje presentara un informe sobre sí mismo, alejándose en consecuencia tanto del monólogo interior como del dramático. Este tono tendente a la objetividad puede recordar las ficciones homodiegéticas, también entre el poema en prosa y la narración hiperbreve, que abundan en la obra del venezolano José Antonio Ramos Sucre, especialmente en su libro *Las formas del fuego* (1929). Pueden recordarse al respecto las tituladas «El mandarín», «El nómada» y «El guía», entre otras muchas en los que el personaje que se presenta a sí mismo es anónimo. En cambio, las figuras de las estampas de Ibarbourou son todas personalidades individualizadas del Antiguo Testamento, de manera que a la vaguedad de los tipos sin nombre propio de Ramos Sucre se contrapone la concreción histórico-legendaria de

los de Ibarbourou y, posteriormente, la de los personajes patrimoniales de *Criaturas del aire* (1979), libro del español Fernando Savater enteramente compuesto de monólogos históricos en prosa, uno de los cuales, «Habla Job», evoca este personaje bíblico en estilo más ensayístico que lírico o narrativo, al igual que los «monólogos de Navidad y Resurrección» que constituyen la obra de su compatriota Joaquín L. Ortega titulada *Una y otra Pascua* (1982/2000).

Aquella concreción también caracteriza «Lázaro» de Luis Cernuda y otros monólogos en verso, también de autores españoles, puestos en boca de figuras de la historia sagrada cristiana como «Verónica» (*Mientas cantan los pájaros*, 1948) de Pablo García Baena, de la islámica como «Bilal (el primer muslim que hizo de almuédano)» (*Amadís y el explorador*, 1996) de Ángel Crespo, y de la judía como uno de Álvaro Cunqueiro escrito en gallego y titulado «Eu son Paltiel» [*Yo soy Paltiel*] (*Herba aquí ou acolá* [*Hierba aquí o allá*], 1980). En este último, la declaración expresa de su nombre por parte del monologante subraya su identidad y la reivindica, como si apelara a una posteridad implícita mediante un alegato que funde su personalidad privada con la pública transmitida por la escritura sagrada. El monólogo adopta ahí un planteamiento que se acerca funcionalmente a lo historiográfico, aspecto que queda indicado por el hecho de que Paltiel haga referencia explícita a la fuente documental de su historia («ii Samuel, 3, 14»), al efecto de defender su actuación frente a su calificación tradicional de cornudo. Aquí es expresa, pues, la intención apologética que también parece existir, aunque de forma normalmente menos directa, en esta clase de

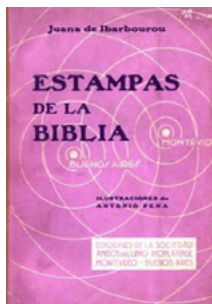
monólogos, incluidos los de las estampas de Ibarbourou y, aún más claramente que en estas, en las de González Núñez. Todas ellas pueden considerarse ejemplos de un género de ficción breve que denominaremos «monólogo histórico» y que definiremos, a la luz de los ejemplos que estamos trayendo a colación, como monólogo autónomo autobiográfico de una figura patrimonial, con un planteamiento que es a la vez personal e histórico, implícita o explícitamente autojustificativo ante su destinatario virtual, que es la posteridad.

No afirmamos, con todo, que González Núñez haya sido consciente de esta posible clasificación y caracterización genéricas, sino que pretendemos únicamente señalar su vínculo con una tradición discursiva que ha gozado de especial vigor en las literaturas hispánicas, aunque monólogos históricos muy notables, incluso de historia sagrada, existen también en otras regiones culturales, por ejemplo, *Sodome, ma douce* [*Sodoma, dulce mía*] (2009) de Laurent Gaudé. Sin embargo, es en castellano en que el género que proponemos parece haber dado más granados frutos desde el que podría considerarse su ancestro, el titulado «Mi delirio sobre el Chimborazo», que se ha atribuido desde su publicación en 1833 nada menos que a Simón Bolívar, el caudillo Libertador de la historia oficial, aunque bien podría ser una invención póstuma semejante hasta cierto punto por su intención a la antigua literatura *nuru sumero-acádica*. Esta consistía en supuestas autobiografías políticas celebrativas de reyes-héroes mesopotámicos, pero que fueron al parecer escritas bastantes años después del fallecimiento del monarca correspondiente. Textos semejantes figuran en



MONÓLOGO HISTÓRICO:

Monólogo autónomo autobiográfico de una figura patrimonial, con un planteamiento que es a la vez personal e histórico, implícita o explícitamente autojustificativo ante su destinatario virtual, que es la posteridad.



Juana de Ibarbourou

la Biblia hebrea, como el cántico de liberación de David que puede leerse en el capítulo veintidós del segundo libro de Samuel. Su presencia en el libro sagrado pudo estimular la publicación de otros nuevos según un patrón análogo, incluso entre los mormones, pudiéndose recordar a este respecto el poema en primera persona «Moroni sobre Cumorah», una de las *Canciones de Sion* de Brimhall de Foley.

Estos precedentes dotados del prestigio de lo sacro autorizaban a concebir el monólogo histórico como una forma admisible para evocar los héroes legendarios de la religión, cosa que Ibarbourou hizo poniendo al día el género mediante cierta hibridación de su escritura con la del poema en prosa y la narración breve poemática, tal como la habían practicado con notorio acierto, entre otros, el nicaragüense Rubén Darío y el mencionado Ramos Sucre. Ahí radicaría una de las grandes novedades de sus *Estampas de la Biblia* frente a su hipotexto y, al adoptarlas como modelo, González Núñez recurrió naturalmente a un procedimiento literario similar, pero sin caer en el mero pastiche. Sus estampas mormonas rebajan el peso de lo lírico a favor de una narratividad historiográfica más marcada, como si la literatura nuru se hubiera reencarnado inconscientemente en el mundo legendario mormón, cosa que no tiene por qué resultar extraña si consideramos que las civilizaciones creadas por los exiliados judíos según *The Book of Mormon* habían trasladado a América los usos políticos y morales del antiguo Creciente Fértil, conocidos a través de la Biblia. De acuerdo con este espíritu, González Núñez adoptó en sus estampas una forma fija que, en contraste con la poética diversidad preferida por Ibarbourou, da una im-

presión de hieratismo solemne de monumento antiguo. Al mismo tiempo, el contenido de cada historia refleja la variedad de las biografías individuales, con lo que se alcanza cada vez un equilibrio dinámico muy logrado entre la rigurosa rigidez inalterada de la ley divina, tal como se manifiesta a través de la historia sagrada, y la subjetividad individual de las figuras destinadas a realizar esa historia en el seno de comunidades terrenales a menudo enfrentadas entre sí y con la providencia.

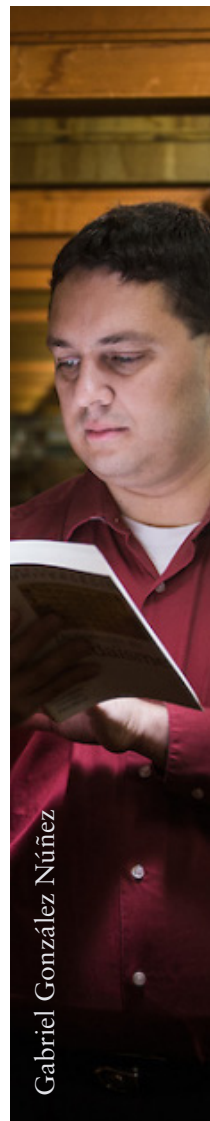
Las cuarenta estampas mormonas tienen todas, en efecto, la misma estructura y casi la misma extensión de algo menos de una página. En el título figura el nombre del personaje monologante extraído de *The Book of Mormon*. Sigue un párrafo de una sola frase en primera persona que sintetiza un aspecto importante de su vida y destino. A continuación, tenemos el monólogo propiamente dicho, escrito mediante frases breves de aire lapidario, a veces repetidas con variantes como si se tratara de paralelismos bíblicos adaptados a una escritura contemporánea de la desnudez. Frente a la abundancia de figuras retóricas en las estampas de Ibarbourou, las de González Núñez se caracterizan por su sobriedad estilística, con frases muy breves separadas por puntos que delatan una estética de la concisión y de la transparencia narrativas. Incluso la descripción de las emociones rehúye toda vehemencia, prefiriéndose en su lugar un tono expositivo, como si cada monólogo fuera un autoanálisis, más que un desahogo emocional. De hecho, su estilo es a menudo casi el típico de un informe historiográfico, lo cual resulta coherente con la atracción que parece sentir el autor por la escritura documental como vehículo

de la ficción. Así lo indican, por ejemplo, los propios títulos de obras breves tuyas también lamanitas, pero de carácter plenamente especulativo, como son «Documentos artículo Norteamérica» (2017) y «Anexo documental I» (2019), que son ucronías o historias alternativas de un mormonismo que habría nacido en la América mestiza hispana, esto es, entre los lamanitas, en vez de haberlo hecho en los Estados Unidos. No obstante esa nitidez retórica, no faltan ni símiles ni metáforas en las estampas de González Núñez, con la ventaja con respecto a las de Ibarbourou de que su relativa escasez tienen el efecto de conferirles singular relieve cuando aparecen, de manera que no traicionan el parentesco retórico de su clase de monólogo con el poema en prosa, si bien ese parentesco parece ser mayor ahí con el microrrelato, dado el predominio relativo de la narración, al menos en esta parte central de su estructura.

La dimensión narrativa de cada estampa es la que permite situarla en algún punto de la historia sagrada mormona, de manera que los lectores conocedores de la misma pueden relacionarla con sus escrituras canónicas y apreciar el trabajo del autor en su constante tensión creativa entre la fidelidad al hipotexto sacro y la propia inspiración literaria individual en su recreación, al aportar detalles nuevos que humanizan, dotándolas de una subjetividad creíble, las figuras que en *The Book of Mormon* se presentaban sobre todo en su dimensión pública, en el marco de un libro cuya función no era tanto la de ofrecer una historia como tal, aunque lo hiciera, sino más bien la de comunicar la voluntad divina como fundamento de la teología y la ética de una religión. Esta subjetivización literaria realiza-

da por González Núñez siguiendo el procedimiento brillantemente practicado por Ibarbourou se distingue por su mayor claridad también para los lectores ignorantes de la materia tratada. Mientras que las *Estampas de la Biblia* exigen un conocimiento previo del Antiguo Testamento para entender por completo el sentido y las circunstancias de las aseveraciones personales de los monologantes, los de las *Estampas del Libro de Mormón* ofrecen los suficientes datos como para hacerse una idea de las peripecias a las que se refieren y entender, en consecuencia, el tenor de la generación textual del universo histórico (desde un punto de vista confesional) y legendario y protoépico-fantástico (desde un punto de vista literario), universo del que cada monólogo representa una viñeta o, como afirma el título, una *estampa*. La obra de González Núñez es así más marcadamente narrativa, o ficticia, que la correspondiente de Ibarbourou, en cuyas estampas el lirismo tiene más peso, seguramente porque la escritora creía que el conocimiento general de la Biblia, la escritura de la religión mayoritaria entre sus lectores hispanos, así se lo permitía, cosa que González Núñez no podía permitirse en la misma medida si deseaba poder ser entendido también por los *gentiles* de su lengua, aun sin perder nunca de vista la firme identidad cultural y religiosa mormona de su obra.

Esta identidad queda semióticamente marcada al final de cada estampa suya. Tras un tercer párrafo de una sola frase en el que se reafirma la propia persona y su responsabilidad como una voz, apologéticamente asumida en la narración literaria y en la historia sagrada, mediante la construcción «Yo soy», seguida del nombre propio y de un atributo (adjetivo o sus-

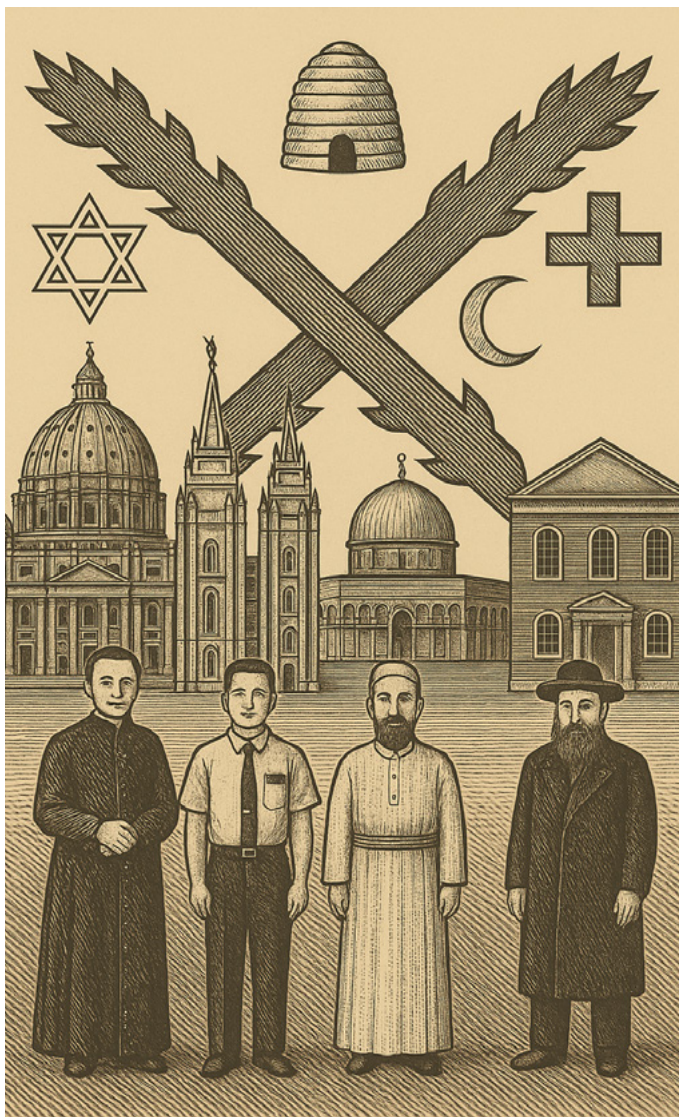


Gabriel González Núñez



mormona subraya la identidad lamanita mediante unas señales gráficas distintivas en una hispanosfera en las que los mormones están dispersos y no constituyen en ninguna parte la comunidad mayoritaria y culturalmente dominante, pero a cuya diversidad secular aspiran a contribuir mediante la integración en su tradición autóctona de su bagaje mormón, el cual se había expresado hasta entonces literariamente de forma casi exclusiva en inglés, según los moldes literarios y culturales comunes en la anglosfera. En este contexto, y aparte de lo anecdótico de su uso puntual y limitado del alfabeto de Deseret, González Núñez aportó con sus *Estampas del Libro de Mormón* una prueba fehaciente de que su materia podía tratarse adoptando formas de escritura y géneros que, como el monólogo histórico en prosa, habían ilustrado sobre todo escritores hispanos no mormones. González Núñez se sumaba así a ellos y demostraba mediante esa obra, y alguna otra posterior semejante como el microrrelato cosmogónico según la teología mormona titulado «El principio» (2023), la madurez alcanzada por la literatura que llamamos lamanita, cuya existencia ya no cabe negar. Otra cuestión es si podrá mantenerse en el tiempo, esto es, si durará tanto como la literatura sefardí o si será tan efímera a escala histórica como la morisca. Las perspectivas no parecen sonreírle en un mundo cada vez más globalizado y uniforme. Sin embargo, una vez que se reconozca más ampliamente su valor, podrían surgir otros escritores que, como aquel emuló con éxito la maestría de la prosa sacrohistórica de Juana de Ibarbourou, deseen emularlo a él y recrear de nuevo, recurriendo a formas de escritura hispánicas o no, pero en su misma lengua y con un gra-

do semejante de compromiso literario, las fabulosas civilizaciones de aire épico-fantástico de las que *The Book of Mormon* nos dio las primeras noticias.



La bandera es la antigua de la Monarquía de España.
Los símbolos de las cuatro religiones del padre Adán.
Los cuatro templos más famosos de las cuatro religiones.

Imagen hecha por Mariano Martín Rodríguez
con la herramienta de inteligencia artificial ChatGPT.

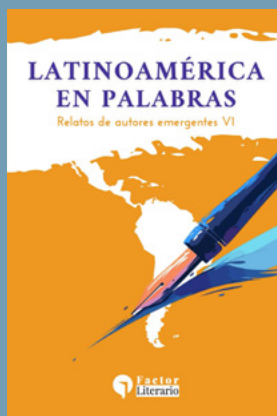
NOVEDADES

LIBRO PARA NIÑOS SOBRE EL CENTENARIO



El Área Sudamérica Sur celebró el centenario de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en Sudamérica con muchas y felices actividades. También marcó la ocasión con literatura, publicando un álbum ilustrado para niños en edad de Primaria. El libro se llama **Un árbol que crece: semillas de fe en Jesucristo en América del Sur**. Escrito por los uruguayos Carlos García Egures y Gabriel González Núñez e ilustrado por el también uruguayo Ismael Menéndez, el libro recoge «cuatro relatos reales de fe, protagonizados por niños y niñas de Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay, en distintas épocas de la historia de la Iglesia». Los relatos también fueron lanzados en formato video en YouTube.

CUENTO EN ANTOLOGÍA LATINOAMERICANA



El cuento «Dayuma, la niña waorani» del autor ecuatoriano Diego Escobar fue seleccionado para formar parte de la antología **Latinoamérica en palabras: relatos de escritores emergentes** (Factor Literario, 2024).

TALLER LITERARIO PRESENTA EN CONGRESO ACADÉMICO



El pasado marzo el Taller de Formación Literaria dirigido por R. de la Lanza fue invitado por el profesor universitario Rex Wilkins a presentar en el congreso Estudios Mormones Globales 2025. Pueden ver la presentación en su totalidad [aquí](#).

AUTORA VISITA ESCUELA



La escritora Romina González visitó la escuela n° 232 Domingo Faustino Sarmiento en Carcarañá, provincia de Santa Fe, Argentina, donde pudo presentar sus libros *Las moramanchas de Karaí y Porâ*, *Los mejores amigos* y *Rolo, Lili y la nube Espesa*.

CONVERSATORIO LITERARIO



El capítulo Ecuador de la fundación Roble del Sur organizó vía Zoom un conversatorio de autores santo de los últimos días. En él presentaron el activista y escritor ecuatoriano Diego Escobar, el gestor cultural y poeta ecuatoriano Lincon Meza, la periodista y cuentista brasileña Rosângela Moura y el autor y académico uruguayo Gabriel González en torno al tema «escribir es transformar». Fue una velada en que se inspiró a todos a escribir para transformar.

NUEVO LIBRO DE ENSAYO



La autora argentina Monserrat Gamboa ha lanzado recientemente el libro ***Emigrar hacia adentro***. Según la sinopsis de Amazon y Papel Limón:

Los cambios son inevitables y nos enfrentamos a la experiencia de emigrar en diversas formas: mudarnos de país, ciudad, trabajo, universidad o incluso de nuestro círculo más cercano. A veces, la sociedad nos presiona a adaptarnos rápidamente a esos cambios. Este libro nos muestra una perspectiva diferente. Nos ayuda a ver que cada proceso requiere su tiempo, que cada sentimiento requiere su espacio y que cada situación merece su duelo. La autora, a través de sus relatos personales sobre la migración y ejercicios de escritura, nos invita a reflexionar sobre nuestras propias experiencias de vida.

CUENTO EN REVISTA SUD



El cuento **«Tres jornadas intertextuales de Nefi»** del argentino **Mario Montani** fue publicado en español y en traducción al inglés por **Wayfare**, una revista que publica ensayos, entrevistas, poemas y obras de arte, tanto en formato digital como impreso.

NUEVA NOVELA



El escritor uruguayo **Gabriel González Núñez**, ha lanzado la novela ***La dama errante en la ciudad del fin del mundo***. Según la sinopsis de Amazon y Ulterior Editorial:

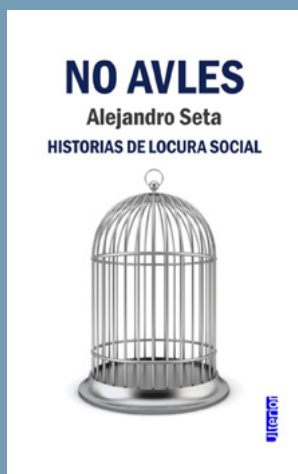
Una forastera. Una ciudad al margen del tiempo. Una búsqueda que atraviesa siglos.

En un rincón remoto del mundo adonde el tren solo llega una vez al mes y el idioma local es indescifrable, una mujer arriba con una valija llena de cuadernos, en los que da cuenta de sus largas investigaciones.

Edificios monumentales, plazas desiertas y conversaciones con un amable pizzero despliegan una historia fragmentada y poética sobre la memoria, la extranjería, el poder y el tiempo. La ciudad, rodeada de una niebla impenetrable, se convierte en un espejo de lo que se ha perdido... y de lo que aún puede ser descubierto.

Con una prosa elegante, rica en imágenes y sentido histórico, Gabriel González Núñez nos entrega una novela que combina la fábula filosófica, la crónica de viajes y la exploración identitaria, hilvanada por una narradora que ha pasado toda su vida errando por el mundo.

NUEVO LIBRO DE CUENTOS



El escritor argentino Alejandro Seta ha lanzado una colección de cuentos llamada ***No avles: historias de locura social***. Según la sinopsis de Amazon y Ulterior Editorial:

Un descarnado mapa de los bajos fondos de la conciencia colectiva, esta colección de cuentos no caza fantasmas, sino la miseria psíquica y la paranoia urbana.

El peligro que implica nombrar lo que la sociedad se empeña en callar, la miseria masculina de ser el eterno chivo expiatorio, las herencias familiares intangibles... El hilo que vincula estos conceptos es el pegamento de encuadernación para estos relatos que revelan fracturas en la psique de nuestro ser social.

En *No avles. Historias de locura social*, el escritor argentino Alejandro Seta dinamita la realidad cotidiana al ponernos ante un espejo que nos muestra la paranoia, la miseria moral y el desamparo urbano, que se incrustan en el alma de una sociedad al límite.

Con la inmediatez y crudeza pedestre de su prosa, la de Seta es una voz inolvidable que nos traslada a la comarca bonaerense sin dejar de resonar en toda la vivencia latinoamericana.

—COLABORADORES—

 **Jesús Baldemar Liévano** es originario de Chihuahua, México. Combina su experiencia profesional con su pasión por la escritura. Es autor de artículos de *marketing*, gerencia, liderazgo y ventas, así como del libro *¿Vendedor yo? Claves para el éxito ilimitado en la vida*. Como escritor de ficción, su cuento [«Escondida»](#) fue ganador del Mormon Lit Blitz 2025, y el cuento «El asesino» forma parte de la antología [Horror Vacui: cuentos para ahuyentar el sueño](#) (edición del Taller de Formación Literaria).

 **Montserrat Gamboa** nació en Rosario, Argentina, y actualmente se encuentra radicada en Provo, Utah. Apasionada por la escritura de registro personal, desde 2020 se dedica profesionalmente a escribir y enseñar escritura. Recientemente publicó [Emigrar hacia adentro](#) (Papal Limón, 2024), un libro que combina poesía y narrativa íntima para explorar la experiencia migrante, la identidad y el desarraigo. Su estilo es reflexivo e introspectivo, con foco en la creatividad y los hábitos creativos. Está cursando la licenciatura en Comunicación y cuenta con formación en *copywriting* [redacción publicitaria].

 **Maximiliano Martínez** nació en Bahía Blanca, Buenos Aires, Argentina, en una familia santo de los últimos días. A los ocho años empezó a escribir su diario personal y a los catorce empezó a escribir poesía y algún cuento breve. A los dieciséis años comenzó su práctica de karate y poco después su estudio del idioma japonés. A los veinte años sirvió en una misión en Córdoba, Argentina. Su microcuento «El traje carmesí» recibió mención de honor en el certamen [Palabras de Mormón](#), y su cuento [«De amor y de piedras»](#) fue 2.º accésit del Mormon Lit Blitz en 2023. También ha publicado en la revista digital *Irreantum*.

 **Alejandro Luis Mazzeo** vive en San Nicolás de los Arroyos, provincia de Buenos Aires, Argentina. Es periodista y psicólogo so-

cial. Como escritor, el cuento publicado en este número es su ópera prima, aunque cuenta con otros escritos inéditos. El tener el oficio del periodismo en su ser ha hecho que la escritura no sea ajena a su proceder cotidiano. Para él se trata de un hermoso pasatiempo. Está casado con Ana Laura Pérez y tienen dos hijos.

 **Mario Montani** vive en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, Argentina. Estudió Letras en la Universidad Nacional del Sur. Es autor de la colección de relatos *El Castillo Gris y otros cuentos* (Editorial Dunken, 2009). Su cuento «Y no preguntes más...» recibió el premio al mejor cuento en 2021 otorgado por la Asociación de Letras Mormonas. También fue reconocido en el Mormon Lit Blitz por sus cuentos [«El fugitivo»](#) (1.º accésit, 2025), [«La celebración»](#) (1.º accésit, 2024) y [«Tres microcuentos mormones»](#) (ganador, 2023). Su obra también se ha publicado en las revistas *Irreantum* y *Wayfare*.

 **Leticia Pontoni** es de Córdoba, Argentina. Escribe desde que tiene uso de razón. Su corazón baila cuando puede escribir. Escribe poemas y cuentos. Lee cuentos en el podcast *El espacio de Leticia*, además compone y hace entrevistas en su blog [Leticia Teresa Pontoni](#) desde 2009. Su pasatiempo es dibujar, pero lo que más le gusta es escribir.

 **Alejandro Seta** vive en la ciudad de Alejandro Korn, provincia de Buenos Aires, Argentina. Le gusta estar con sus seis hijos y tres nietos, pasar tiempo con su esposa Cristina (junto a quien ha fundado un teatro de títeres), practicar yoga y taichí y enseñar en talleres de escritura creativa. Ha escrito obras de teatro, publicado tres libros de poesía, dos novelas y un libro de investigación (con otros dos autores) acerca de la poesía del conurbano bonaerense. También ha publicado en la revista *Irreantum*. En su sitio web www.alejandroseta.com se pueden leer sus cuentos y notas de periodismo cultural.

